

Los avances del Turco y el miedo en las Indias

Hernán G. H. Taboada

(UNAM - Centro de Investigaciones sobre América y el Caribe)

“Muchísimo sobrepasaron y befaron los cristianos en el mar, en la guerra de España y Turquía, al gran turco que fue burlado y sobrepasado; el que lo hizo fue el muy fuerte y valiente tlahtocapilli príncipe don Juan de Austria, hermano menor de nuestro tlahtohuani don Felipe Segundo rey de España; esta guerra o combate que se hizo se llama “la batalla naval.” (Crónica náhuatl de Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhlehuanitzin, hacia 1629)

La decadencia de la idea de Cruzada, la fragmentación del califato y el relativo estancamiento de la frontera española después de 1350 marcaron el final de la Edad Media con una relativa distensión y hasta entendimiento entre las regiones islámicas y cristianas. Panorama tranquilo que cambió tras el nuevo empuje de los pueblos turcos a partir del siglo XV, los cuales dieron en la conformación de los imperios otomano, safaví y mogol, siendo el primero, como más cercano, el que suscitó en Europa las mayores preocupaciones.

La remozada tensión fue contemporánea de la expansión marítima europea. Muchos nexos hubo indudablemente entre la una y la otra, y ya algunos contemporáneos dividieron su atención sobre ambos procesos, como el papa Pío II (1458-1464), propulsor de la guerra contra los turcos y también atento a los viajes portugueses, que consideraba la empresa benéfica para la Cristiandad; sus sucesores en el Papado, y los consejeros que los rodeaban, continuaron observando y comentando en el mismo sentido, mientras por otro lado el tema islámico con frecuencia asomó entre los cronistas portugueses de la expansión.

Dichos autores respondían no solamente a reflejos heredados de su pasado sino también a la constatación de una presencia islámica previa en las tierras en las que se iban adentrando los navegantes cristianos que los llevó a asignar a la lucha contra el islam un carácter no sólo mediterráneo sino ecuménico. Se fueron de este modo reconfigurando viejos sentimientos de temor de la Cristiandad, que desde hacía siglos se sentía asediada por el islam, y dejaron su huella también en los más diversos documentos del primer siglo de la conquista y poblamiento de América.

1

Varios pasajes de los documentos colombinos contienen por lo menos alusión a un encuentro con el Preste Juan, ese posible aliado antiislámico en Asia, a la derrota de los moros de Granada y al proyecto de colaborar en la recuperación de Jerusalén. Tales referencias en parte pueden explicarse por el entusiasmo guerrero en la España de entonces, que aconsejaba mencionar la lucha religiosa, y también se ha hablado de un Colón impulsado por ideas de Cruzada, aunque no hay en sus escritos la idea de un enemigo omnipresente (Pistarino; Taboada 1999), que tampoco hallamos en las cartas de Pedro Mártir de Anglería sobre América (1494-1526).

Tanto el descubridor como el primer narrador de América conocían de manera directa el islam. Colón había nacido en Génova, ciudad comerciante que sufrió las consecuencias de la caída de Constantinopla en 1453, contaba con información directa sobre el Mediterráneo oriental, donde había tenido actuación, citaba la obra del ya nombrado papa Pío II, y acá y allá tomaba como referencia rasgos del mundo islámico. El

milanés Anglería había encabezado una embajada a Egipto (1501). La relación que de ella publicó resumía la situación política de la región y su historia, asentando la poca peligrosidad de los mamelucos y la posibilidad de que se aliaran con el rey de España, al que alentaba para continuar sus conquistas en el Magreb. Los otomanos aparecen poco en la relación, ya que Anglería escribía tras el reinado de Mehmet el Conquistador (1451-1481), al cual había sucedido sobre el trono otomano Bayezid II (1481-1512), con una política menos agresiva.

Consideraciones complementarias podríamos aducir en torno a otros italianos, como los navegantes Giovanni Gaboto, Giovanni Verrazzano, Amerigo Vespucci, o Alessandro Geraldini, el primer obispo de Indias, entre los personajes principales que habían tenido experiencia personal con el islam, la cual respondía a una tradición comercial y no estaba limitada a las luchas en la península ibérica sino que abarcaba hasta las fronteras del Índico. En algo pudo teñir esta experiencia previa las primeras descripciones de América, y en efecto hay referencias a veces, pero no con los colores de una entidad sitiadora y temible sino de la que resultaba de una larga historia de interacciones y de un más exacto conocimiento de la política internacional. Algún resabio de comprensión aún se encuentra en los escritos de Colón: “Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros de muchas otras sectas;” “Digo que el Espíritu Santo obra en cristianos, judíos, moros y en todos otros de toda secta,” para citar dos significativos pasajes en dos cartas incluidas en su *Libro de las Profecías*, escrito hacia 1501 (Colón, 11,13).

Más beligerante había sido la relación de los españoles, pero en ese momento vivían con el islam una especie de tregua, que además los Reyes Católicos aprovecharon para ocuparse en asuntos internos y problemas en Italia y Francia. Verdad es que acababan de rematar la guerra de Granada, sincronismo que la historiografía menciona a menudo, y algún participante en ella cruzó el océano (Ramos), pero falta en los primeros testimonios españoles la comparación de la naturaleza y sociedades americanas con las del mundo islámico, que después sería habitual. De las pocas a notar en esos primeros años fue la que tuvo como objeto no a los indios sino la propia conducta desviada de los cristianos, en el famoso sermón de Antón de Montesinos (1511): “en el estado que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo (Las Casas 1994, 1762).” En ese primer momento llegaron algunos musulimes a Indias sin causar mucho recelo (Guevara Bazán).

Todo ello porque el islam que venían de conocer los españoles era, a diferencia de los italianos, residual y provinciano. En aquellos inicios, la novela de caballerías *Claribalte*, de Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), compuesta en suelo americano y publicada en 1519, trasladaba de manera típica a la geografía de un Mediterráneo oriental fantástico y a una época igualmente fantástica los problemas geopolíticos de su momento: Francia lo preocupaba pero el mundo islámico sólo aparecía por implicación, cuando aludía al ideal de un imperio cristiano universal; a diferencia de otras novelas de caballería, *Claribalte* no tiene un colorido orientalista (Fernández de Oviedo 2002).

Lejana parece también la imagen que transmite en esa época Bartolomé de Las Casas (1474?-1566), quien se refiere a la “pestífera ley de Mahoma,” a sus injustas conquistas en Asia, África y España, usurpaciones antiguas, pero rechaza repetidamente la violencia sin justificación contra cualquiera, “sea moro, alárabe, turco, tártaro o judío o de otra cualquier especie,” y se refiere con frecuencia al contraste entre la expansión violenta, propia de moros y turcos, y la pacífica, que debería ser propia de cristianos. Algo vagos

resultan los retratos de aquellos bajo su pluma, carentes de caracterización o erróneos: parece atribuirles la doctrina de que Mahoma es el creador del mundo, y su descripción del paraíso islámico responde a la leyenda tradicional, así como la del supuesto féretro de Mahoma *en Meca* sostenido en el aire por un imán, o la crítica al Profeta por prohibir discutir de religión para evitar toda duda. El espíritu medieval que se atribuye a Las Casas sí se observa en esta actitud de lejanía, vaguedad y confusión de sus afirmaciones (Tardieu 2003, 319; Helminen). Similar descuido se ha visto en otros autores eclesiásticos como Motolinía (1482-1569) o Bernardino de Sahagún (1500-1590) (Tardieu 2003, 319).

Los nombrados Oviedo y Las Casas, más o menos coetáneos, y por ello inserté fechas, habían nacido en torno a 1470-1480 y habían ido tempranamente a Indias. Posteriormente nuevos acontecimientos modificaron su percepción, a medida que la tensión en el Mediterráneo aumentaba. A partir del reinado de Selim I Yavuz (1512-1520) se había reiniciado la expansión otomana, con la derrota de los persas y la conquista de Egipto, y bajo Solimán (1520-1566) adquirió mayor ímpetu con el avance en los Balcanes y la anexión del Magreb hasta la frontera de Marruecos. En España la regencia del cardenal Cisneros (1506-1507 y 1516-1517) significó un reavivamiento de la idea de Cruzada; la llegada de Carlos al trono una ampliación del horizonte geopolítico, una ideología mesianista centrada en el imperio, tras la batalla de Pavía (1525) (Bataillon, 226ss) y la influencia del pensamiento fuertemente antiturco de sus consejeros Mercurino Gattinara o Georg Saueremann. Así, España fue asumiendo un papel principal en los enfrentamientos con el islam, y los Habsburgo favorecieron una literatura panfletaria antiturca en latín (Mas, 296).

De ahí que comenzaran a aparecer con frecuencia personajes islámicos en poesía, literatura religiosa, tratados políticos, historiografía, narrativa, teatro, coplas populares, arte o desfiles. Se vertieron del italiano o latín tratados sobre el origen, la historia y la potencia del Turco, como los de Giovanni Maria Angiolello, Giovanni Botero, Ogier de Busbecq, Giacomo Fontano, Pietro Gentile o Paolo Giovio. También hubo españoles que tomaron la pluma para describir el imperio otomano (Vasco Díaz Tanco, 1547, Vicente Roca, 1566, los autores del *Viaje de Turquía*, 1557 y de un inédito *Comentario*), los principados corsarios (Francisco López de Gómara, Diego de Haedo) o viajes a Tierra Santa (Francisco Guerrero). Los episodios contra príncipes musulimes daban prestigio a los descubrimientos en las crónicas portuguesas, la épica había introducido el tema islámico y los libros de caballería a personajes fantásticos en una geografía también fantástica pero reminiscentes ambos del Oriente Medio (Mas; Bunes Ibarra 1989, 1995).

Junto al detalle omnipresente, humanistas de mayor horizonte y conocimiento del pensamiento italiano llamaron a la unión cristiana y la lucha contra los turcos: Juan Luis Vives, Juan Ginés de Sepúlveda, Francisco de Vitoria o el Cardenal Silíceo, junto con otras voces menores o anónimas. Sus reflexiones adquirieron mayor alcance temporal: el valenciano Luis Vives retomó (1526) el tema de una confrontación secular entre Europa y Asia como argumento contra los turcos. La historia de la España medieval fue reinterpretada como una lucha continua contra el moro, asentándose la idea de la después llamada Reconquista en historiadores como Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales, Esteban de Garibay y Juan de Mariana. Se trataba de una lucha no sólo secular, sino también ecuménica: el gran enemigo de Las Casas, Ginés de Sepúlveda, en un primer diálogo llamado *Democrates* (1535) alertaba sobre el avance islámico y probablemente fuera ésta su preocupación principal, a la cual subordinaba la empresa americana que

trataba en el *Democrates alter* (1545), hoy más famoso, sobre la justa guerra contra los amerindios (Sánchez Montes; Ríos Saloma).

Estas vastas dimensiones espaciales y temporales en el análisis fueron el aporte peninsular a la reflexión cristiana sobre el islam y empezaron a ser incorporadas a la escritura en torno a América. El cronista Francisco López de Gómara había sido tentado en sus comienzos a historiar la carrera de los hermanos Barbarroja, conocía el papel del Turco y del Sofí en Persia, y por ello se mostraba consciente del carácter novedoso de los dos soberanos que luchaban en torno al Mediterráneo: Carlos V y Solimán “poseen tanto como poseyeron los romanos, y si digo más no erraré, por lo que españoles han descubierto y ganado en las Indias; y entre estos dos está partida la monarquía, cada cual de ellos trabaja para quedar por monarca y señor del mundo” (López de Gómara 1851, 346).

Por azar, fueron esas Indias y no las vicisitudes de la guerra islámica las que hicieron la fama de Gómara. Cuando estuvo en la expedición de Carlos V contra Argel (1541) conoció a Hernán Cortés, del que se convirtió en capellán, y su influencia e información lo llevaron a componer la primera historia orgánica del descubrimiento y conquista de América (1554). Reminiscente de sus primeras preocupaciones y experiencia, Gómara insertó los hechos que narra, desde la dedicatoria misma a Carlos V, en el curso de aquella larga guerra: “Comenzaron las conquistas de indios acabadas las de moros, porque siempre guerreasen españoles contra infieles” (López de Gómara 1973, 8). Dicha reflexión no es aislada, ya que vemos variantes en una serie de personajes que en algún momento coincidieron en torno a Hernán Cortés y que entendían los asuntos de Indias en el contexto de la guerra contra el islam.

2

La conquista de América no sucedió inmediatamente a la llegada de Colón. Unas décadas, una generación, transcurrió en el asentamiento en el Caribe, en incursiones, antes de los grandes conquistadores. De éstos, ya muy pocos habían tomado parte en la lucha peninsular contra el moro; la conocían por una tradición oral que se había acumulado y que menudeaba referencias en leyendas, romances y proverbios, pero su experiencia, cuando la hubo, derivaba de expediciones contra el norte de África o cabalgadas a la costa de Guinea, que también albergaba población islámica. Uno que otro había sido cautivo de los berberiscos o hasta había tenido actuación en el Mediterráneo oriental. Más lejos todavía, Miguel Cabello Valboa nos transmite (1586) reminiscencias de la lucha de Albuquerque en el Índico, toma como fuente de sus teorías sobre viejas migraciones a América un manuscrito persa cuya noticia le había llegado hasta Perú, y cuenta haber hablado sobre los supuestos monstruos de la India con hidalgos portugueses que habían estado ahí y que negaban que existieran (Cabello Valboa, 206-207).

Junto a la tradición oral, las aventuras previas y algunos antecedentes familiares, el origen de estas menciones fue la literatura arriba enumerada, que empezó a circular por América. Los registros de exportación de libros, los catálogos de bibliotecas, las confiscaciones inquisitoriales, los inventarios de libreros, la evidencia anecdótica nos señalan la llegada del tema islámico en obras sobre historia del mundo e historias generales de España, o específicas como las *Guerras de Granada* de Ginés Pérez de Hita, tratados sobre los turcos (Moisés Almosnino, Vicente Roca, Juan Sapiencia, Miguel Fabro), sobre Berbería (Diego de Haedo), sobre los moriscos y su expulsión (Pedro Aznar Cardona), descripciones de peregrinaje a Tierra Santa (Antonio de Aranda, Antonio del Castillo,

Francisco Guerrero), historias de la evangelización en Etiopía o Filipinas, una refutación del Corán (el Antialcorán) y hasta ediciones del Corán. Había tratados apocalípticos, que tenían entonces al islam como sujeto frecuente, e inclusive libros de tema más focalizado, como la *Choronica de Jorge Castrioto*, la *Relación de la guerra de Chypre*, de Fernando de Herrera (Valencia, 1572) o vidas de Tamerlán, personaje que tuvo alguna popularidad en la literatura española y de reflejo en la indiana.

De mayor presencia parecen haber sido los cronistas de la expansión portuguesa (Zurara, Damião de Goes, João de Barros, Fernão Mendes Pinto) y *Los Lusíadas* de Camoens. Los primeros aparecen como fuente en los más antiguos historiadores (Oviedo, Las Casas, Gómara), que tratan con cierto detalle la expansión portuguesa como antecedente de la española, y glosan o copian muy de cerca a aquellos (Subrahmanyam). Los escritores eclesiásticos insertan a menudo ejemplos de la evangelización de las Indias orientales al hablar sobre las occidentales. En cuanto a Camoens, fue tempranamente traducido por el portugués Henrique Garcés, quien residía en Perú, hacia 1570, y su circulación queda demostrada por su influencia en la *Araucana* de Ercilla y en la poetisa andina Amarilis. Fray Francisco de Aguilar confiaba en su *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, escrita hacia 1560-1565, que “yo desde muchacho y niño me ocupé en leer y pasar muchas historias y antigüedades persas, griegas, romanas; también he leído los ritos que había en la India de Portugal” (102).

No nos extraña esta abundancia, ya que la literatura sobre el Oriente era representativa de la producción europea de la época y superaba con mucho en cantidad y prestigio a los libros que se publicaban sobre América. Esa literatura suministraba un conocimiento general e histórico de lo que ocurría allá lejos, mientras otros detalles de inmediata actualidad se difundían, cuando no de boca en boca, a partir de relaciones de sucesos, de cartas y de la correspondencia oficial misma. Ésta conformaba una acción de propaganda que podía incluir, como en el caso de México (1535), un parte de la batalla de Túnez junto con la solicitud de roativas para el triunfo de las armas cristianas, así como, más concretamente, de dinero para las empresas militares, para el rescate de cautivos o para auxilio de los religiosos de los Santos Lugares de Jerusalén, mediante donativos o la compra de la Bula de Cruzada.

Testimonios hay de la recepción de esta propaganda entre los conquistadores, quienes al comunicarse con el rey mostraban su preocupación por los asuntos del Viejo Mundo. Un episodio significativo se dio en torno al sitio de Cusco: los indios se habían apoderado de un bulto de correspondencia y lo entregaron a los españoles hecho pedazos, entre los cuales pudieron leer los sitiados que la emperatriz “hacía saber a esta tierra la victoria que VM había conseguido contra la Goleta y reino de Túnez y contra Barbarroja y los turcos que con él estaban” (“Relación del sitio de Cuzco,” 53). La infausta batalla de Alcazarquivir (1578), donde murió en tierra marroquí el rey portugués Sebastián, fue conocida por un súbdito suyo que había llegado a Potosí y que consideró importante transmitir la noticia (Arzáns de Orsúa, 177-178).

Rasgo de deferencia hacia el rey era mostrarle que se estaba al tanto de aquellos percances, como cuando escribía Hernán Cortés al emperador desde Tehuantepec en 1533: “Por oídas sabemos aquí los ayuntamientos de gentes que en Levante vuestra majestad hace para obviar y resistir al Turco, que dicen viene muy pujante y con mucha soberbia [...] certifico que ninguna cosa deseo más que hallarme a su servicio en dicha jornada” (508). Lo mismo hacía desde La Serena, en Chile, un rincón extremo, Pedro de Valdivia (1545): “Escribióme el gobernador Vaca de Castro, entre otras muchas cosas, los ejércitos que el

rey de Francia había puesto contra VM por diversas partes, y la confederación con el Turco” (70). También se enviaban buenos deseos. Hasta el irrespetuoso Lope de Aguirre (1561) concluía su carta al rey augurándole que “le aumente siempre y ensalce en prosperidad contra el Turco y franceses, y todos los demás que en estas partes te quisieran hacer guerra” (Vázquez / Pedrarias de Alместo 123). Piadosos ellos, rezaban por el éxito cristiano, tal como se les pedía, pero tanto o más se los alentaba a remitir sumas: en Perú los conquistadores cumplieron al saber que el emperador “estaba muy gastado con las jornadas de su coronación, del Turco en Viena, y de Túnez” (López de Gómara 1973, 192).

También se festejaba después de las victorias. Enterados de la batalla de Túnez, “vínonos un jubileo muy grande, el mayor que se ha visto, que nos enviaba la emperatriz nuestra señora” (*Libro de la vida*, 154); en Venezuela “muy solemnes procesiones y demás de esto se regocijó todo lo posible” (Maldonado, 21ss). En México se celebró la Paz de Niza entre Francia y España (1538), que implicaba la posibilidad de tener mano libre contra el Turco, con la representación teatral *La conquista de Rodas*, en que se imaginaba la recuperación de esta isla ganada en 1522 por Solimán. Al año siguiente se representó en Tlaxcala *La conquista de Jerusalén*, la cual trataba de una recuperación de mayor importancia, si no estratégica sí simbólica. Ambas piezas traslucen entre muchas otras cosas el conocimiento de la política europea; en la tlaxcalteca figuraban en acción indios americanos junto al emperador y a los reyes de Francia y Hungría (Corona; Arbolay Alonso). Otra pieza teatral dramatizó en torno a 1574 nuevas fechorías del sultán Selim y la reconquista islámica de Túnez en ese mismo año (*Monumenta*, 133).

Los principales festejos resultaron de la victoria de Lepanto. En México, al recibirse la noticia en junio de 1572, el cabildo escenificó en la plaza mayor la gran batalla naval con galeras y patajes sobre ruedas. Meses más tarde hubo otro simulacro de batalla, con castillos y fuertes improvisados. Fernán González de Eslava escribió un coloquio sacramental que una danza popular peruana sigue hoy celebrando (Taboada 2004, 120). De Potosí, de Guadalajara, llegaban más ecos de los festejos, y cartas particulares fueron enviadas al rey felicitándolo por la victoria (Friede, 151, 180). En los años siguientes se continuó recordando el aniversario: una reliquia donada por el papa a Juan de Austria después de Lepanto se conservaba entre un grupo de místicos de Nueva España (Dwyer, 134). Varios cuadros sobre el tema aparecen en repositorios indianos (Toussaint, ilustr. 91).

Los movimientos de los moriscos también eran seguidos. Muchos los habían conocido directamente y con ellos comparaban a los indios, especialmente en cuanto a los avances de la fe. Los frailes decían que éstos sí permanecían firmes; sus críticos, que ambos eran igualmente impíos. Se habló mucho de su rebelión en las Alpujarras, en cuya represión combatieron Garcilaso de la Vega y Martín Cortés, y la expulsión final entre 1609 y 1614 originó regocijo y fue vista como un gesto de alta política. Años después, en 1621, el agustino Juan de Grijalva, nacido en Colima y que nunca había visitado España, recordaba entre los grandes hechos de Felipe III dicha expulsión, realizada a pesar de las pérdidas materiales que significaría (Grijalva, 500; Ricard). Otro criollo, conocedor de América pero no de España, el canónigo Pedro Sánchez de Aguilar, que escribía desde Yucatán, también se alegraba y se mostraba informado del carácter de los moriscos debido a la lectura de uno de los panfletos contra ellos dirigidos.¹

¹ Sánchez de Aguilar, 113 cita noticias leídas “en este año 1613 en un librito de la expulsión de los moros de España que escribió el Lic. Aznal,” el cual es seguramente Pedro Aznar Cardona, que he nombrado antes

Pendientes de esas luchas lejanas, curiosos y temerosos del islam que acechaba, los habitantes de las Indias creían confirmar su omnipresencia; hubo quien imaginó haber encontrado sus huellas en América (Taboada 2016, 90), y se conocía su llegada a tierras situadas en el camino:

en unas islas donde aportó un barco de un almojarife portugués que salió de las islas Malucas en busca de sus rescates, los cuales están no muy lejos del Estrecho de Magallanes y que, según mi cuenta, son parte de las que el muy ilustre caballero y animoso capitán adelantado Álvaro de Mendaña descubrió el año de 1568, a quien llamó no sin fundamento Islas de Salomón, halló allí este almojarife y sus compañeros predicadores de la falsa secta

la cual “estuviera ya introducida y plantada en estas nuestras Indias Occidentales y reinos del Pirú” “si Dios no lo atajara con la diligencia de los reyes españoles” (Cabello Valboa, 310, 316, 317).

Dichoso alejamiento de los estragos que amenazaban destruir la Cristiandad del Viejo Mundo:

Partióse la Iglesia de Palestina, y ya en Palestina viven, reinan y señorean infieles; de allí fue al Asia, en la cual no hay ya sino turcos y moros; fue también al África, donde ya no hay cristianos; fue a Alemania, donde ya no hay sino herejes; fue a la Europa, donde en la mayor parte de ella no se obedece a la Iglesia. Donde ahora tiene su silla más quietamente es en Italia y España, de donde pasando el Mar Océano ha venido a estas partes de la India occidental. (Sahagún, 355)

No del todo tranquilo con esto, fray Bernardino de Sahagún veía peligrar también la cristiandad recientemente establecida en Indias y pensaba que éstas eran sólo una etapa para la evangelización de China. Otros sí recalcaban la ventura de estar lejos de los peligros: al solicitar dineros para la Bula de Cruzada, el comisario general de los franciscanos recordaba a sus frailes allí residentes las necesidades del monarca para la lucha contra los turcos,

y que nosotros acá en estas partes debajo de sus alas tenemos toda paz y quietud y descanso, y nuestra patria España y nuestra sangre, que son los que la habitan, viven con grandísimo sobresalto por la mala vecindad de los turcos y moros.²

Propósitos que repetía un siglo después un eclesiástico que exaltaba la labor de limpieza de la Inquisición:

Esas regiones del Asia, donde en los tiempos primeros florecieron tantos doctores, tan venerables obispos y tan invencibles mártires [...] por haber entrado en ellas la infidelidad están asoladas todas, quemadas todas, destruidas todas con la barbaridad

como autor de una obra sobre la expulsión de los moriscos que circuló en Indias, y que, por la fecha que Sánchez de Aguilar apunta, fue leída inmediatamente después de su aparición.

² Patente del padre fray Miguel Navarro, comisario general de la orden franciscana, para las provincias de Nueva España, 1574, en García Icazbalceta 1892, 191-192.

agarena, con el error mahometano. Pocos cristianos, y en muchas partes ningunos, y de los cristianos pocos católicos.

Similar era la decadencia de África, y la de Europa dominada por la herejía, aunque por suerte en Italia, España “y nuestra América entre lo más del mundo florecen en la pura religión y en la sincera doctrina” (Ruiz de Zepeda, 4-5).

El oidor Juan de Matienzo recomendaba a su rey un asilo en el Alto Perú: “si fuera yo Filipo a ese Turquillo / había con España de dejallo / decía por gozar de tanta tierra / tan bella y apacible y tan sin guerra” (Barco Centenera, 47). También serían las Indias un refugio para la Iglesia, víctima en Europa de los turcos y la Reforma. Expresiones de dicha creencia han sido vistas en autores eclesiásticos como fray Felipe de Meneses (1554) o fray Diego Durán (1575), y la misma tiene reflejos en Bartolomé de Las Casas y fray Luis de Granada. La expresión más llamativa fue la herejía del dominico Francisco de la Cruz en Perú (1571-1578), quien pensaba que la destrucción de la cristiandad europea por causa de sus pecados y por obra de los turcos era inminente, y estaba descrita en el bíblico libro de Habaquq y en el Apocalipsis. Informado de los acontecimientos de las Alpujarras y de la batalla de Lepanto (antes de que ocurriera, decía), de la Cruz no creía, sin embargo, que esta última ofreciera garantías: Venecia podía abandonar la alianza cristiana y con ello Italia, Francia y España quedarían a merced de los turcos; la Iglesia, presa en Europa del pecado, se refugiaría en Indias y se inauguraría un periodo de paz (Tardieu 1992).

La idea de un refugio no se limitó al mundo hispánico. Laurentius Surius, apologista católico alemán, expresaba reiterativamente la idea de que la cristiandad, amenazada en Europa por Lutero y los turcos, se recuperaba en Indias, donde Dios había proveído para que la cruz, ofendida en el Viejo Mundo “Turcica barbarie et Antichristiana impietate” desde épocas antiguas, fuera tenida en aprecio por los adoradores de ídolos, debido a lo cual muchas cruces se encontraron en el Nuevo Mundo, señal de que posiblemente emigraría allí totalmente el nombre de Cristo (Surius, 10-13, 385-390). También en Alemania, una obra de teatro jesuita de 1596 exponía el peligro turco y al mismo tiempo la esperanza que la Iglesia depositaba, entre otras cosas, en la joven cristiandad de las Indias (Valentin, 258). El calabrés Tommaso Campanella llegó a convencerse de la inminencia de la migración de la Iglesia a Indias: con las conquistas del Turco, previstas en profecías bíblicas, “se destruiría el imperio con el sacerdocio a la vez [...] y pasaría al Nuevo Mundo” (251).

La seguridad transatlántica no estaba sin embargo garantizada. Había quien fantaseaba que los otomanos, tras conquistar Europa, se dirigirían a América: era temerosa especulación de eruditos cristianos en el Viejo Mundo (Bunes Ibarra 1989, 310), era esperanza en el tratado turco *Tarih-i Hind-i Garbi* (1580) (Goodrich, 173), y en el Nuevo era el deseo de quienes clamaban para que los turcos los librasen de malos gobernantes o leyes inicuas.³

³ Descontentos con las Leyes Nuevas (1541) algunos conquistadores amenazaron con “que llamarían a turcos si no daban a Pizarro la gobernación del Perú” (López de Gómara 1973, 253); en el escrito presentado por Juan Rodríguez Barragán contra Hernando Pizarro (1573) decía que tan oprimidos tenía a los vecinos del Cuzco que “todo el pueblo, viéndose debajo de un hombre tan tirano, decían que viniesen moros o turcos para sacarlos de su poder” (*Colección de documentos*, 317). No son para tomar al pie de la letra tales aclamaciones, pero sí como un eco de otras que esos habitantes de Indias sabían que en Grecia y hasta en Italia habían pronunciado quienes habían visto a los turcos como liberadores de los terratenientes cristianos.

Había quien aseguraba haber visto huellas del islam en Indias, rastros de su influencia en el pasado y hasta en el presente: hacia 1573 la población indígena y española de Purificación, sobre la costa pacífica de Nueva Galicia, imaginó avistar barcos turcos o franceses en la lejanía y huyó buscando refugio; quizás eran unas ballenas, opinó después malhumorado el virrey (Taboada 2016; Cook, 108). Real fue, en cambio, el peligro permanente de ataques corsarios en la ruta de España a Indias. Circulaban leyendas acerca de musulimes que habían vivido de incógnito durante años, y se creía descubrir a enviados desde Estambul para mapear el territorio americano, como Alejandro Testanegra, griego denunciado a la Inquisición en 1580 por varios cargos que incluían dicha labor de espionaje (Fanjul, 177-180).

Urgente era, pues, extremar las precauciones para que las Indias siguieran siendo un refugio, libre de las amenazas islámicas del Viejo Mundo. Lentamente se empezó a excluir de ellas a cualquier individuo mínimamente relacionado con el islam, el judaísmo o la herejía: musulimes, conversos, luteranos, o sus hijos o descendientes (Guevara Bazán). Hasta los extremos del Pacífico se buscaba un rincón seguro. Cuando Pedro Fernández de Quirós, saliendo del Perú, llegó a un lejano archipiélago polinesio (1605-1606) vio en él la posibilidad de edificar una sociedad ideal, una nueva Jerusalén, y escribía al rey, quien se había interesado personalmente en la empresa, sobre los méritos de ese territorio “sin avecindar con Turcos, ni Moros, ni con otras de las naciones que suelen inquietar y perturbar las ajenas” (Fernández de Quirós, 218).

3

El momento impuso nuevos temas en la naciente literatura criolla. Durante la expedición de conquista, Hernán Cortés había vertido en sus cartas alguna consideración casual sobre los moros españoles, y tras ella desarrolló un interés mayor. Ya se vio que recibía nuevas de la toma de Túnez, y, desde Cuernavaca, escribía (1533) a su procurador Francisco Núñez estar informado de los asuntos de Europa, incluyendo “cosas del Turco [...] y del rey de Hungría”, solicitándole más noticias. En carta a Juan Dantisco (1531), humanista polaco que había combatido a otomanos y moravos, suplicaba Cortés “me escriba siempre de su salud y prosperidad y de todo lo que sucediere en la estada de la Majestad Cesárea allá, así en lo del Turco como en lo del Luterio” (Cortés, 500; Axer). La curiosidad por aquella lucha principal lo llevó a participar en la expedición de Carlos V contra Argel en 1541, de desastroso resultado, y en la que, como ya expliqué, conoció a Gómara. Pero no fue sólo Gómara quien empezó a formar parte del círculo de Hernán Cortés, sino que también se acercaron en algún momento a él Luis Vives y Juan Ginés de Sepúlveda, humanistas de obra reconocida que nunca viajaron a Indias, y a los que hemos visto preocupados por el avance turco, y que algún eco habrán tenido en otros miembros del círculo, estos sí de actuación americana, como los conquistadores Gonzalo Fernández de Oviedo y Gonzalo Jiménez de Quesada.

Del primer Gonzalo hubo una temprana composición a la que antes me he referido como poco atenta al oslam, lo cual no se puede decir de su obra posterior, donde se muestra, ahora sí, ganado a la idea de una Cruzada española. Podrían encontrarse expresiones al respecto en su historia de las Indias, pero donde con más frecuencia saltan es en *Las quinquagenas de la nobleza de España*, obra miscelánea fechada en Santo Domingo en 1555 que contiene alguna referencia a la temprana colonización caribeña, pero sobre todo noticias sobre la política y guerras de Europa, con mención de las fechorías de los

ismaelitas, el cerco de Viena, los turcos y su alianza con el rey de Francia, la esperanza en su destrucción y la parte que en ella cabía a los tesoros de las Indias. En tales apuntes Oviedo exhibía conocimiento de la historia y costumbres turcas, que había difundido la literatura antes citada (1880, 101, 102, 105, 106, 114, 136, 139, 164, 163, 183, 184).

Información que también hallamos en *El Antijovio*, del otro frecuentador del círculo de Cortés, Gonzalo Jiménez de Quesada, libro que escribió hacia 1566-1567, cuando ya tenía unos veinte años de residencia en el Nuevo Mundo, pero en el que casi nada dice de éste, como no sea para excusar su estilo (que “allá va a la barbaresca, que pues se trata acá con estos bárbaros, de necesidad se nos ha de pegar algo de ellos”). La intención de Quesada era rectificar el sesgo que el italiano Paolo Giovio había impuesto a su relato casi periodístico de la historia reciente de Europa, donde los españoles habían quedado malparados. Tal rectificación abarcaba, en varios capítulos, las guerras entre “el rey de España y emperador del Poniente” con Solimán “rey de Turquía y emperador del Levante,” de la nación turca, “nacida para espanto y temor de todos los cristianos.” El autor del *Antijovio* desplegaba también conocimiento de detalle, de hechos, de minucias técnicas y geográficas, tenía clara la diferencia entre turcos y moros, sabía que las instituciones militares otomanas habían cambiado entre las guerras descritas por Jovio y las de su tiempo, y veía en todo aquel conflicto un choque de dimensiones históricas: “la guerra de más sustancia que en nuestros tiempos ni en los pasados y se cree en los por venir ha habido, pues no iba en ella (según por buenas razones se puede colegir) menos que toda la redondez de la tierra, con quien pocos años después de la victoria habría de quedar (según se cree) el vencedor” (Jiménez de Quesada, 6, 124, 244-246, 291).

Estas figuras principales, que tenían su bagaje de lecturas y sus pretensiones intelectuales, desarrollaban lo que cantidad de otros autores exhibían sólo de paso con la cita de un proverbio, un romance, la inserción de nombres o anécdotas en torno a la pérdida de España, a los moriscos, a las conquistas otomanas o la piratería berberisca, en forma de glosa o excursu, de comparación del mundo americano con el del islam, de las luchas medievales con las propias. Se fue instalando así un acervo desordenado de variable origen, calificación y valor, las más de las veces expuesto de manera superficial y confusa, probando con ello que eran motivos ampliamente difundidos aun entre quienes se hallaban lejos de las letras. En las cartas, en expresiones que transmite algún documento, el mundo otomano, así como el de los moriscos y piratas berberiscos se reitera. Varios topónimos y etnónimos revelan alguna influencia que llegó a deformar voces amerindias: los otomíes en los confines de Nueva España, en Perú las ciudades o pueblos de Turca, Turco o Solimán. Al tanto estaban del atuendo del enemigo quienes bautizaron la isla caribeña de Turcos, debido a una especie de cacto con una excrecencia parecida a un fez o tarbush. Hubo personajes que de la imaginación criolla pasaron a la de mestizos y hasta de indios. Los juegos de moros y cristianos, con diversos nombres y variantes, comenzaron entonces a practicarse entre esas poblaciones. En los lejanos confines de Chile, los araucanos que no estaban sometidos también sabían algo, y cuando informaron a un eclesiástico acerca de las incursiones de unos piratas holandeses, revelaron haber visto en ellos semejanza cultural con los españoles pero también alguna diferencia religiosa, por lo que se refirieron a tales calvinistas como “Viracocha moros.”⁴

⁴ Carta de fray Tomás Pérez Valdés a SM, Lima 1580, reproducida en Barriga, 145.

El Turco constituía un peligro lejano pero también una imagen de riqueza, de glamour, que parece haber contaminado la moda.⁵ Hasta se filtró la apreciación positiva del mundo turco por obra de quienes habían estado en contacto con la literatura extrapeninsular. En Brasil el florentino Rafael Olivi, que conocía bien a Platón, tenía libros sobre la vida de los turcos, cuya forma de vida elogiaba, y se refería al sultán como “el gran señor” (1584) (Schwartz, 181-182). En Lima la Inquisición juzgaba en 1666 al francés César de Bandier, al. Nicolás Legras, médico, gran viajero que seguía la ley natural y consideraba que “entre las leyes la menos mala es la de Mahoma, porque se llegaba más a la natural, permitiendo seis mujeres, y así había de señorear en todo el mundo” (Medina, 172ss).

Eran hombres con cierto estudio, y en otros como ellos se podía revelar algún conocimiento detallado. Hasta Las Casas, que hemos visto apegado a estereotipos viejos, se percataba ya con el correr de los años de que las condiciones cambiaban, “parece que en tiempos de Bartholo no tenían los turcos tanto poder o tanta malicia como ahora para perseguir al pueblo cristiano,” y mostraba haber leído una *Historia turcharum*, aunque la usaba, y descuidadamente, para ilustrar un punto marginal (Las Casas 1992a, 17; 1992b, 47). Cuando la anónima poetisa peruana Clarinda, en su *Discurso en loor de la poesía* (publicado en 1608) se refería a “el turco Solimán” “y la bizarra turca dicha Rosa,” era en alusión al emperador y a su esposa Roxelana, que se habían hecho entonces famosos, como también hoy gracias a la telenovela turca *El Sultán* (2011). Similar erudición desplegaba fray Pedro de Aguado, en su *Recopilación historial de Venezuela* (1582), al denunciar las crueldades de los españoles, que empalaban y aperreaban a los indios,

a imitación de lo que Solimano, gran turco, hizo casi en este mismo tiempo, que sería por el año treinta y seis, que enviando los asapos y los acarzis, contra ciertas gentes llamados los cimiriotos, gentes que habitan en la montaña de Cimera, en tierra de Butintro, hacían que a manera de monteros y corredores anduviesen tras estas desarmadas y desventuradas gentes. (Aguado, 219)

Lujo de detalles, fecha y nombres que en último término remonta a los turcógrafos. No sólo fueron breves menciones de adorno. La descripción del imperio turco hecha por Pedro Mexía sirvió a Gómara para la suya del imperio inca, y más tarde influyó sobre la de Garcilaso, así como los epítetos aplicados a los turcos serían aplicados por Ercilla a los araucanos (Kristal). El poeta sevillano Gutierre de Cetina, muerto en Puebla hacia 1557 e integrante de la expedición de Carlos V a Túnez en 1535 y de una incursión en el Adriático, compuso algunos sonetos reminiscentes de la primera aventura, uno sobre las ruinas de Cartago, otro elogioso de Carlos V, un tercero alabando a Jerónimo de Urrea, militar en la campaña de Argel (95, 127, 135). Se nos enumera entre los primeros poetas novohispanos a Lorenzo de los Ríos Ugarte, que “con heroica y feliz vena va describiendo *Las maravillosas hazañas del Cid Campeador*” (Balbuena, 115). Una obra de teatro peruana

⁵ En España hubo una moda turquesca, de la que habla Díaz Rodríguez; las fechas del auge coinciden con los del miedo al Turco. Algo parecido se ha observado en Polonia, enfrentada a los turcos pero imitadora de muchas de sus modas, véase Zygmunt. De este lado, se encuentran menciones de muebles, joyas y alfombras árabes y turcas en las casas criollas; el rico indiano de Panamá que retrata la comedia *La dama boba* de Lope (1613) es caracterizado entre otras cosas por llevar “en los brazos el grigiesco ... sotanilla a lo turquesco”. Los grigiescos eran unos amplios calzones al estilo griego, de ahí el nombre. El suntuoso personaje retratado por Lope los tiene tan abundantes que los lleva en brazos, véase acto 3, escena 6, 2245-2255, pp. 240-241.

escenificó la aparición de la Virgen de Guadalupe ante los moros en España. Tras su poema *Arauco domado* (1596), el chileno Pedro de Oña dedicó otro a lo que llamaríamos la Reconquista española, *El Vasauro* (1635), que culminaba en la toma de Granada.

Esta última obra continuaba una tradición que había empezado décadas antes la épica en castellano, la cual alcanzó su cima en tierras americanas, pero sus fuentes de inspiración italianas incluían guerras contra un islam más o menos fantástico y eran literatura de gran popularidad indiana. En Perú se ha visto que el *Orlando enamorado* de Matteo Maria Boiardo, el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto y la *Jerusalén liberada* de Torcuato Tasso fueron ampliamente leídos (Núñez, 14), y se les rindió homenaje indirecto introduciendo sus temas prestigiosos, con alguna excusa, aunque fuera en pocas estrofas, en medio del relato de las hazañas de los conquistadores. Los hallamos en la segunda edición de *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1578, 171-198), *El Peregrino Indiano* de Juan de Saavedra (1599, 263-264), *La Argentina* de Martín del Barco Centenera (1602, 184), *Bernardo o la Victoria de Roncesvalles* (terminado en Puerto Rico en 1609 y publicado en Madrid en 1624) de Bernardo de Balbuena, en poemas del perulero Juan de Miramontes y Zuázola, hacia 1614, y en el *Purén Indómito* (116 ss), de autoría discutida y compuesto en el primer cuarto del siglo XVII.

Se trataba de menciones frecuentes que traducían el ambiente de ansiedad, la cual también dio en cierta veta de escritura profética y apocalíptica, que ya tenía gran curso en Europa. Más arriba se vio su aparición en la herejía de Francisco de la Cruz, y otro ejemplo lo ofrece el cronista eclesiástico Gerónimo de Mendieta, quien reprodujo en su obra historiográfica, concluida hacia 1596, el pasaje de un tratado apocalíptico del franciscano catalán Francesc Eiximenis, que a su vez estaba copiando a otro anterior, hasta hoy perdido. Aquellos autores se referían a los males que sufrían los cristianos europeos, y en relación con España aludían a la invasión de los moros. Dicha información se pretendía aplicar originalmente a sucesos de finales de la Edad Media en Europa pero, al copiarla, Mendieta la actualizó para describir la situación que lo rodeaba, la del mundo hispano a fines del XVI, marcado del lado morisco por la rebelión de las Alpujarras:

El pueblo de España sufrirá grandes mutaciones y novedades y enemistades, y muchos daños por los moros que ellos mismos sostienen y mantienen, por el gran servicio que les hacen: y serán mayores y más poderosos que ellos, porque más amaron el propio servicio, que la honra del nombre de Jesucristo. Y hallarlos han entonces contra los cristianos crueles enemigos y terribles matadores, hasta que sea dado fin a aquel pueblo malvado, el cual de todo punto, con su secta mahomética, debe ser casado, destruido y aniquilado para siempre sin fin, según ellos mismos lo pronuncian por sus escrituras y doctores.⁶

Con más detalle y originalidad se refería al mal otomano el *Tratado del Apocalipsis*, de Gregorio López, terminado en México en 1586. Santo varón nacido en Madrid y que parecía ser de familia distinguida, vivía como ermitaño en montes cercanos a la capital novohispana y fue autor de varios libros; en uno de ellos relacionaba el texto bíblico y su cronografía con los progresos de los otomanos desde el año 1316 y su extensión hasta Grecia y Hungría, e introducía anotaciones sobre la época actual: “y ahora poco ha Túnez

⁶ Mendieta, 29, la cita de Eiximenis está tratada en Milhou, 304; detalle en Saranyana & Zaballa, 70-75.

[...] y aun llega con sus galeras a Gibraltar” (250, 251, 256, 263). Nada decía, sin embargo, sobre Lepanto.

Semejante presencia en las nacientes letras criollas tuvo algún correlato en el imperio turco. Serge Gruzinski (2008) ha comparado el antes mentado *Tarih-i Hind-i Garbi* (Historia de la India occidental), una historia turca del Nuevo Mundo, su descubrimiento y conquista, redactada hacia 1580, con el *Repertorio de los tiempos*, publicado en México en 1606, obra del alemán Henrico Martínez, quien había recorrido el mundo, conocía Europa oriental, y al ofrecer un panorama de la geografía y política universales también incluyó una descripción del imperio otomano. Con razón señala Gruzinski que ambos libros nos sirven para percatarnos del conocimiento mutuo en estos dos territorios siempre vistos como marginales por la historiografía eurocéntrica.

De mi cosecha agregaría que hay otras obras pertinentes. Ya cité ejemplos del lado americano; menos conozco, menos se ha publicado y probablemente menos existiera del lado islámico, pero son de sumar a la crónica de 1580 el famoso mapa de Piri Reis de 1513, que cubría en parte América, y alusiones literarias de otros autores como Hajji Khalifa (1609-1657), así como indicaciones que nos señalan cómo en la tradición oral islámica también había conocimiento de la llegada de los europeos a América, de sus riquezas y productos, de su humanidad misma, y que se seguían con curiosidad sus noticias.

Acotando ahora, observo que la crónica turca marca el cenit de la preocupación y el conocimiento mutuo, mientras el tratado novohispano se ubica en época de su desvanecimiento. Aquélla no tuvo continuación y fue uno de los primeros libros que salió de la imprenta cuando ésta se estableció en 1730 en Estambul; es decir, que en los ciento cincuenta años intermedios no se había escrito para ofrecer al público islámico nada comparable a aquella vieja obra (Goodrich). Del lado novohispano, es de subrayar un motivo del *Repertorio* de Martínez, cuando nos dice que el imperio otomano ya había comenzado el camino de su decadencia y uno de sus capítulos “trata cómo se colige por algunos vaticinios, pronósticos, conjeturas y razones naturales, la caída y destrucción de la monarquía e imperio Turquesco” (224-232).

Pronósticos que no eran singulares ni nuevos, que los mismos musulimes a veces enunciaban (como sabía Mendieta o su fuente, antes citados) pero que empezaban a circular como moneda corriente y que hallamos también en la obra mesiánica del portugués Antonio Vieira, cuya última parte fue escrita en Brasil, y donde expresó reiteradamente que el imperio turco iba camino a la destrucción. Calculó Vieira para ello el año 1666, fue cambiando esta fecha y al morir (1697) sostenía que no duraría más allá de 1700 (Ricard 1970). Si bien la base era astrológica y no sociopolítica, como sí la de otras que se estaban imponiendo en la Europa transpirenaica, reflejaba un cambio en la percepción del islam, el cual también se comprueba del lado americano. Pero ello requiere de apartado propio, que éste ya se excede de tamaño.

4

El imaginario que se ha presentado pertenece a la primera época de la conquista, que coincidió en el Viejo Mundo con la de mayor presión en las fronteras islámicas, pero que empezó a ceder desde el último cuarto del siglo XVI. Un gran conocedor de la historiografía colonial andina, Franklin Pease G. Y., ha notado que hay

un primer momento en que la identificación de los europeos se encuentra más cercana a la imagen del único pueblo infiel que conocían los españoles en el siglo XVI: los árabes; pero hay un segundo tiempo en que se van imponiendo concepciones definidas a través de la historiografía romana y a través de la influencia de autores romanos en los cronistas, que empiezan a citarlos profusamente. (33)

Si así lo afirma una autoridad, yo le creo, y más cuando encuentro repetidamente anotado que el Inca Garcilaso se inspira en Roma para describir a los incas (Pailler / Pailler). El paso de un modelo a otro empieza a identificarlo Franklin Pease a partir de la década de 1550. Yo atrasaría tal fecha, y junto a los árabes que menciona colocaría a los turcos, pero coincido en señalar un cambio, a partir de la estabilización de la frontera en el Mediterráneo, si no después de la batalla naval de Lepanto (1571), sí tras la campal de Alcazarquivir (1578) y definitivamente con la expulsión de los moriscos españoles entre 1609 y 1614.

Con tales hechos, el temor a los turcos fue desapareciendo a lo largo del siglo XVII y Europa se preocupó más por sus luchas internas. Se fue abriendo camino la idea de una decadencia del islam, que todavía aparece en la bibliografía de nuestros días, posiblemente sin motivo: los imperios asiáticos, desde la China Ming hasta el sultanato otomano, pasando por la India mogol y la Persia safaví, más bien vivieron entonces una época de brillo cultural y de paz y orden extendidos, que sólo entorpecían algunas peleas por el poder en la cúspide. Por el contrario, Europa estuvo inmersa en guerras de religión, caída demográfica y problemas sociales; los procesos que desembocaron en la modernidad y que le permitiría superar a los imperios asiáticos a partir del siglo XVIII.

El reflejo cultural de esta nueva situación fue un descenso de las publicaciones en torno al islam y el aumento paulatino de las que tenían como objeto a América. Ello se notó particularmente en España, donde la literatura maurófila se fue agotando a fines del siglo XVI y se dejaron de leer a los turcógrafos. Tras la expulsión de los moriscos se hizo espinoso por algún tiempo el tema islámico, el conocimiento del árabe se desvaneció y la obra de algunos pocos eruditos fue tributaria de los esfuerzos de los orientalistas del norte de Europa (Rodríguez Mediano 2006, 2011), en todo caso un conocimiento concentrado en circuitos académicos.

A su vez, ello repercutió en las Indias. Se ha visto que la expulsión de los moriscos tuvo su correlato en la política hacia los amerindios (Duviols; Taboada 2016) y que el tema del Turco fue menos frecuentado al tiempo que crecía el interés por las cosas americanas. El enemigo más visible y que se reveló realmente peligroso fue el hereje, capaz de atravesar el Atlántico y saquear el Caribe e incluso las costas de Chile y Perú. Transcurrieron las décadas y hasta los siglos, y el momento inicial de temor dejó su huella en palabras, decires, romances y proverbios que todavía se repiten. El imaginario ligado a las luchas contra el moro continuó siendo recurso retórico de importancia, perpetuado por restos iconográficos y hasta heráldicos; la idea de que las Indias ayudaban con sus riquezas a combatir al Turco se expresó repetidamente. Fue un legado visible hasta en la cultura indígena y popular, incluyendo a los cronistas mestizos (Poma de Ayala, Alva Ixtlilxóchitl, Chimalpain), quienes mencionaron brevemente al enemigo islámico en sus escritos sobre antigüedades indígenas.

En esto último merecería la pena profundizar, pero, por cuestiones de espacio, concluyo reiterando la idea de un momento inicial de la conquista que estuvo marcado por

el referente islámico y sobre todo otomano, pero que pasó, como todo momento pasa. Cada vez más se alejaron aquellos nombres de su referente real, convirtiéndose en una huella borrosa e imprecisa. Fue lo que percibió Alexander von Humboldt al visitar las colonias españolas a comienzos del siglo XIX. Por un lado, en las apartadas misiones del Orinoco, todavía le preguntaron si el Turco se mantenía tranquilo, revelando que el viejo temor persistía, pero, por otro, descubría que “la gloria de Don Pelayo y del Cid Campeador ha penetrado hasta las montañas y bosques de América; el pueblo pronuncia algunas veces estos nombres ilustres pero se presentan a su imaginación como pertenecientes al mundo ideal o al vacío de los tiempos fabulosos” (Humboldt, 365).

Obras citadas

- Aguado, Fray Pedro de. *Recopilación historial de Venezuela*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1963.
- Aguilar, Fray Francisco de. *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, edición, est. prel., n. y ap. Jorge Gurría Lacroix. México: UNAM, 1977.
- Arbolay Alonso, Lizandro. “Las conquistas de Rodas y Jerusalén: descripción e interpretación de dos fiestas novohispanas.” *Letras Hispanas* 11 (2015):46-59.
- Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé. *Historia de la villa imperial de Potosí*, ed. Lewis Hanke y Gunnar Mendoza. Providence: Brown University, 1963.
- Axer, Jerzy. “Una carta de la correspondencia de Hernán Cortés con Jan Dantyszek (Juan Dantisco).” *Estudios Latinoamericanos* (Varsovia) 13 (1990):365-385.
- Balbuena, Bernardo de. *Compendio apologético en alabanza de la poesía*, en su *Grandeza mexicana*, México: Porrúa, [1604]1985.
- Barco Centenera, Martín del. *Argentina y conquista del Río de la Plata*. Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1602.
- Barriga, Víctor M. *Los mercedarios del Perú en el siglo XVI*. Arequipa: La Colmena, 1942, vol. 3.
- Bataillon, Marcel. *Erasmus y España*. México: Siglo XXI, 1966.
- Purén Indómito*, ed. Diego Barros Arana. Leipzig/Paris: Franck'sche Verlags Buchhandlung/L. France. 1862.
- Bunes Ibarra, Miguel Ángel de. *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII: los caracteres de una hostilidad*. Madrid: CSIC, 1989.
- . “El imperio otomano y la monarquía hispánica en el siglo XVI: el conocimiento español del otro extremo del Mediterráneo”. *Ankara Üniversitesi Basimeri* 19 (1995): 23-41.
- Cabello Valboa Miguel. *Miscelánea antártica: una historia del Perú antiguo*, pról., n. E índices del Instituto de Etnología. Lima: UNMSM, 1951.
- Campanella, Tomás. *La monarquía hispana*, trad. del latín, pról. y notas de Primitivo Mariño. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1982.
- Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de la Nueva Extremadura*, ed. facs., pres. Juan Carlos Rodríguez Ibarra, pról. e iconografía Miguel Rojas Mix, transcr. y n. Mario Ferreccio Podestá. Barcelona: Quinto Centenario/Lumen/Extremadura enclave 92, 1992.
- Cetina, Gutierre de. *Obras*. Sevilla-Madrid: Tomás Sanz-M. Murillo, 1895.
- Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, ed. J. T. Medina. Santiago: Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1895.
- Colón, Cristóbal. *Libro de las profecías*, ed. Juan Fernández Valverde. Madrid: Alianza/Quinto Centenario/Universidad de Sevilla, 1992.
- Cook, Karoline P. *Forbidden crossings: Morisco emigration to Spanish America, 1492-1650*, Ph.D., Princeton University, 2008.
- Corona, Carmen. “El auto *La conquista de Jerusalén*: Hernán Cortés y la transgresión de la figura”. En Ysla Campbell ed. *El escritor y la escena: Estudios en honor de Francisco Ruiz Ramón*. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1995. 79-87.

- Cortés, Hernán. *Cartas y documentos*, intr. Mario Hernández Sánchez-Barba. México: Porrúa, 1963.
- Díaz Rodríguez, Antonio J. “Sotanas a la morisca y casullas a la chinesca: el gusto por lo exótico entre los eclesiásticos cordobeses (1556-1621).” *Estudios Históricos* 30 (2010):31-48.
- Duviols, Pierre. “La represión del paganismo andino y la expulsión de los moriscos.” *Anuario de Estudios Americanos* 28 (1971):21-27.
- Dwyer, Daniel P. *Mystics in Mexico: a study of alumbrados in colonial New Spain*, Ph. Diss., Tulane University, 1995.
- Ercilla y Zúñiga, Alonso de. *Segunda parte de La Araucana*, introd. de Arturo Souto. México: UNAM, [1578] 1962.
- Fanjul, Serafín. “Los moriscos y América”, en *id.*, *La quimera de al-Andalus*, Madrid: Siglo XXI, 2004, 132-193.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Claribalte*, est. prel., ed. crít., n. e índices María José Rodilla León. México: UAM-I/UNAM, [1519] 2002.
- . *Las quinquagenas de la nobleza de España*, ed. Vicente de la Fuente. Madrid: Imprenta y Fundición de Manuel Tello, [1556] 1880.
- Fernández de Quirós, Pedro. “Memorial sobre la cuarta parte del mundo”. En *Historia del descubrimiento de las regiones austriales*, ed. Justo Zaragoza, Madrid: Impr. De Manuel Hernández, [1611] 1880.
- Friede, Juan. *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco Popular, 1975.
- García Icazbalceta, Joaquín. *Códice Mendieta: documentos franciscanos, siglos XVI y XVII*. México: Imprenta de Francisco Díaz de León, 1892.
- Goodrich, Thomas D.. *The Ottoman Turks and the New World: a study of the Tarih-i Hind i Garbi and sixteenth century Ottoman americana*. Wiesbaden: Otto Harrassowitz, 1990.
- Grijalva, Juan de. *Crónica de la Orden de NPS Agustín en las provincias de la Nueva España*. México: Porrúa, [1624] 1985.
- Gruzinski, Serge. *Quelle heure est-il là-bas: Amérique et islam à l'orée des temps modernes*. Paris: Seuil, 2008.
- Guevara Bazán, Rafael. “La inmigración musulmana a América española en los primeros años de la colonización.” *Boletín Histórico* (Caracas, Fundación John Boulton) 10 (1966): 33-50.
- Helminen, Juha Pekka. “Las Casas, los judíos, los moros y los negros.” *Cuadernos Hispanoamericanos* 512 (1993): 23-28.
- Humboldt, Alexander von. *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, París: Casa de Rosa, 1826.
- Jiménez de Quesada, Gonzalo. *El Antijovio*, ed. Guillermo Hernández Peñalosa, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1952.
- Kristal, Efraín. “Goths and Turks and the representation of Pagans in Garcilaso and Ercilla”. En José Anadón ed. *Garcilaso Inca de la Vega: an American humanist. A tribute to José Durand*. Notre Dame: University of Notre Dame, 1998: 110-124.
- Las Casas, Bartolomé de. *Apologética historia sumaria*, ed. Edmundo O’Gorman. México: UNAM, 1967.

- . *De thesauris*, fijación del texto latino, traducción castellana, introducción e índices (ideológico y general) por Ángel Losada, notas e índices de fuentes bíblicas, jurídicas y otras por Martín Lassègue OP. Madrid: Alianza, 1992.
- . *Doce dudas*, edición de, estudio preliminar, índices y bibliografía de J. Denglos. Madrid: Alianza, 1992.
- . *Historia de las Indias*, ed. Miguel Ángel Medina, Jesús Ángel Barreda, est. prel. Y análisis crítico Isacio Pérez Fernández. Madrid: Alianza, 1994.
- Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez de Guzmán*, publicado por Hayward Keniston. Madrid: Atlas, 1960.
- Los mercedarios del Perú en el siglo XVI: documentos del Archivo General de Indias de Sevilla, 1518-1600*. Arequipa: La Colmena. 1942.
- López, Gregorio. *Tratado del Apocalipsis de San Juan*, traducido del latín al castellano. Madrid: imprenta de D. Benito Cano, [1586] 1789.
- López de Gómara, Francisco. *Crónica de los Barbarroja*, en *Memorial histórico español*. Madrid: Academia de la Historia, 1851.
- . *La conquista de las Indias y vida de Hernán Cortés*, prólogo y cronología de Jorge Gurría Lacroix. Caracas: Ayacucho, [1552] 1973.
- Maldonado, Francisco Armando. *Analectas de historia eclesiástica venezolana*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1973.
- Martínez, Henrico. *Reportorio de los tiempos e Historia natural de Nueva España*, intr. De Francisco de la Maza, apéndice bibliográfico de Francisco González de Castro. México: SEP, [1606] 1948.
- Mas, Albert. *Les turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'or*. Paris: Institut d'Études Hispaniques, 1967, tomo 2.
- Medina, José Toribio. *Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima (1569-1820)*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, 1956.
- Mendieta, Fray Gerónimo de. *Historia eclesiástica indiana*. México: Porrúa, 1980.
- Milhou, Alain. "El concepto de 'destrucción' en el evangelismo milenarista franciscano". En *Actas del II Congreso Internacional sobre los franciscanos en el Nuevo Mundo (siglo XVI)*. La Rábida, 21-26 de septiembre de 1987. Madrid: Deimos, 1988: 297-315.
- Monumenta Mexicana I (1570-1580)* ed. Felix Zubillaga. Roma: Soc. Iesu, 1956.
- Núñez, Estuardo. *Las letras de Italia en el Perú (estudios de literatura comparada), florilegio de la poesía italiana en versiones peruanas*. Lima: UNMSM, 1968.
- Pailler, Claire y Jean-Marie. "Une Amérique vraiment latine: pour une lecture 'dumézilienne' de l'Inca Garcilaso de la Vega." *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* 47, n. 4-5 (1992):207-236.
- Pease G.Y., Franklin. "Temas clásicos en las letras peruanas de los siglos XVI y XVII". En Teodoro Hampe Martínez comp. *La tradición clásica en el Perú virreinal*. Lima: Sociedad Peruana de Estudios Clásicos/ UNMSM, 1999: 17-39.
- Pistarino, Geo. "Christians and Jews, Pagans and Muslims in the thought of Christopher Columbus." *Mediterranean Historical Review* 10 (1995): 259-271.
- Ramos, Demetrio. "Colón y el enfrentamiento de los caballeros: un serio problema del segundo viaje, que nuevos documentos ponen al descubierto." *Revista de Indias* 39, 155-158 (1979):9-88.

- “Relación del sitio del Cuzco y principios de las guerras civiles del Perú hasta la muerte de Diego de Almagro”. En *Varias relaciones del Perú y Chile, y conquista de la isla de Santa Catalina 1535 a 1658*. Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta, [1539] 1879.
- Ricard, Robert. “Les Morisques et leur expulsion vus du Mexique.” *Bulletin Hispanique*(1931): 252-254.
- . “Prophecy and messianism in the works of Antonio Vieira”. En *Études surl’histoire morale et religieuse du Portugal*. Paris: Fundação Calouste Gulbenkian / Centro Cultural Português, 1970 : 330-343.
- Ríos Saloma, Martín F. “La Reconquista: génesis de un mito historiográfico.” *Historia y Grafía* 30 (2008):191-216.
- Rodríguez Mediano, Fernando. “Fragmentos de orientalismo español del s. XVII.” *Hispania* 66, núm. 222 (2006): 243-276.
- . “El arabismo y los límites de la representación: sobre la erudición orientalista española de época moderna”. En José A. González Alcantud & André Stoll eds. *El Mediterráneo plural en la Edad Moderna: sujeto histórico y diversidad cultural*. Barcelona: Anthropos, 2011: 171-190.
- Ruiz de Zepeda Martínez, Rodrigo. *Auto general de la fe [...] del 19 de noviembre de 1659*. México: Imprenta del Santo Oficio, 1659.
- Saavedra y Guzmán, Antonio de. *El peregrino indiano*, ed., intr. y n. María José Rodilla León. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, [1599] 2008.
- Sahagún, Fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. Ángel María Garibay K. México: Porrúa, 1968.
- Sánchez de Aguilar, Pedro. *Informe contra idolorum cultores del obispado de Yucatán*. Mérida: E. G. Triay e Hijos, [1639] 1937.
- Sánchez Montes, Juan. *Franceses, protestantes, turcos: los españoles ante la política internacional de Carlos V*. Granada: Universidad de Granada, [1951] 1995.
- Saranyana, Josep I./Ana de Zaballa. *Joaquín de Fiore y América*, 2. ed. corr. y aum. Pamplona: Eunate, 1995.
- Schwartz, Stuart B. *All can be saved: religious tolerance and salvation in the Iberian Atlantic world*. New Haven & London: Yale University Press, 2008.
- Subrahmanyam, Sanjay. “Holding the world in balance: the connected histories of the Iberian overseas empires.” *American Historical Review* 112-5 (2007):1359-1385.
- Surius, Laurentius. *Commentarius brevis rerum in orbe gestarum*. Coloniae: apud Gervinum Calenium & haeredes Iohannis Quentel, 1574.
- Taboada, Hernán G. H. *La sombra del Islam en la conquista de América*. México: FCE, 2004.
- . “Cristóbal Colón y el Islam”. En Leopoldo Zea & Mario Magallón comps. *De Colón a Humboldt*. México: FCE, 1999, pp. 69-80.
- . “El Inca a la sombra de al-Andalus.” *Cuadernos Americanos* (México, UNAM) 157 (2016): 77-99.
- Tardieu, Jean-Pierre. *Le nouveau David et la réforme du Pérou: l’affaire María Pizarro-Francisco de la Cruz (1571-1596)*. Bordeaux: Maison des Pays Ibériques, 1992.
- . “Las Casas et le ‘chemin de Mahomet’.” *Bulletin Hispanique* 2 (2003): 303-319.
- Toussaint, Manuel. *Pintura colonial en México*. México: UNAM, [1965] 1990.
- Valentin, Jean-Marie. *Les jésuites et le théâtre (1554-1680)*. Paris: Desjonquères, 2001.

- Vázquez, Francisco/Pedrarias de Alместo. *Jornada de Omagua y Dorado: crónica de Lope de Aguirre*. Madrid: Miraguano, 1986.
- Vega, Lope de. *Peribáñez y el Comendador de Ocaña. La dama boba*, ed. Alonso Zamora Vicente. Madrid: Espasa-Calpe, 1963.
- Zygulski Jr., Zdzisław. "The impact of the Orient on the cultures of old Poland." En Jan K. Ostrowski *et al.*, eds. *Land of the winged horsemen: art in Poland*. Alexandria, Virginia: Art Services International, 1999: 68-79.